

—Procuraré resumir. Mi padre, que era primo de mi madre, murió antes de mi nacimiento, dejando algunas rentas, a las que se unió una pensión de mi abuelo D'Asteux, el padre de mamá, persona excelente, artista, inventor, siempre a la busca de grandes secretos y descubrimientos y que no cesaba de viajar con motivo de supuestos negocios milagrosos, que habían de ser nuestra fortuna. Todavía le recuerdo, todavía me veo sobre sus rodillas, todavía le oigo decir: «Aurelita será rica. Para ella trabajo».

»Seis años justos tenía yo cuando nos rogó por carta a mamá y a mí que fuéramos a reunirnos con él sin que se enterara nadie. Una noche tomamos el tren y estuvimos dos días con él. Cuando nos volvimos, mi madre me dijo en su presencia:

»—Aurelia: No reveles nunca a nadie dónde has pasado este par de días ni lo que has hecho ni lo que has visto. Es un secreto que te pertenece y que, cuando tengas veinte años, te proporcionará grandes riquezas.

»—Muy grandes riquezas—confirmó mi abuelo—. Júranos que nunca, pase lo que pase, dirás nada a nadie.

»—A nadie—rectificó mi madre—más que al hombre a quien quieras y del cual estés tan segura como de ti misma.

»Hice todos los juramentos que me pedían. Como me impresioné mucho, lloraba.

»Algunos meses más tarde se casó mamá con Brégeac. El matrimonio no fué feliz y duró poco. Al año siguiente murió mi madre de pleuresía, luego de entregarme un papelito que contenía todas las indicaciones sobre el

país visitado y sobre lo que yo había de hacer a los veinte años. Mi abuelo murió también poco después. Quedé, pues, a solas con mi padrastro, que se desembarazó de mí mandándome en seguida a este convento de Santa María. Llegué triste por mi desamparo, pero sostenida por la importancia que me daba la guarda de un secreto. Era domingo. Buscando un lugar apartado llegué a esta terraza para ejecutar un proyecto que había concebido mi infantil cerebro. Sabía de memoria las indicaciones dejadas por mi madre. Entonces, ¿para qué conservar un documento que, a mi parecer, acabaría conociendo todo el mundo si yo lo conservaba? Y lo quemé en ese jarrón.»

Raúl movió la cabeza.

—Y ¿ha olvidado las indicaciones?...

—Sí—dijo ella—. Se han borrado de mi memoria entre el cariño que he encontrado aquí, entre el trabajo, entre las diversiones. He olvidado el nombre del país, su situación, el ferrocarril que lleva allí, las gestiones que yo había de realizar... ¡Todo!

—¿Absolutamente todo?

—Todo, menos algunos paisajes y varias impresiones que habían herido más vivamente que los otros mis ojos y mis oídos de niña... Nunca he dejado de ver esas imágenes... Hay sonidos de campanas que todavía los oigo, como si las campanas no hubieran dejado de sonar.

—Y ¿son esas impresiones, esas imágenes, lo que sus enemigos quieren conocer, esperando, en el relato de ellas, alcanzar la verdad?

—Sí.

—Pero, ¿cómo saben lo que saben?...

—Porque mi padre había cometido la imprudencia de no destruir ciertas cartas en que mi abuelo D'Asteux aludía al secreto confiado a mí. Brégeac, que más tarde recogió esas cartas, no me habló jamás de ellas durante los diez años que pasé en Santa María: ¡diez años dichosos, que serán los mejores de mi vida! Pero el mismo día en que volví a París, hace dos años, me interrogó. Le dije lo mismo que a usted, como tenía derecho; pero no quise revelar ninguno de los vagos recuerdos que hubieran podido ponerle sobre la pista. Empezaron entonces las persecuciones constantes, los reproches, las quejas, la furia terrible... Pero llegó un momento en que me determiné a huir.

—¿Sola?

La joven se ruborizó.

—No—contestó—; pero tampoco en las condiciones en que usted pudiera creer. Guillermo Ancivel me hacía la corte con mucha discreción y como quien quiere ser útil y no tiene esperanza alguna de ser recompensado. Así ganó, ya que no mi simpatía, sí mi confianza. Y cometí el error de contarle mis proyectos de huida.

—Los aprobaría, ¿eh?

—Los aprobó con toda su alma, me ayudó en sus preparativos y vendió varias alhajas y títulos de mi madre que conservaba yo. La víspera de mi partida, y como yo no tuviese dónde refugiarme, Guillermo me dijo: «Vengo de Niza, adonde he de volver mañana. ¿Quiere que la lleve? No encontrará en esta

época retiro más seguro que la Riviera.» ¿Tenía yo algún motivo para rechazar su ofrecimiento? Aunque no lo amaba, me parecía sincero y muy servicial. Acepté, pues.

—¡Qué imprudencia!—dijo Raúl.

—Sí—dijo ella—. Y tanto más cuanto no había entre nosotros esas relaciones que son excusa de semejante conducta. Pero, ¡qué le vamos a hacer! Me encontraba sola, desventurada, perseguida. Se me ofrecía un apoyo que yo creía para algunas horas. Y partí.

Ligera vacilación interrumpió a Aurelia. Luego, precipitando el relato, añadió:

—El viaje fué terrible por... las razones que usted conoce. Cuando Guillermo me dejó en el carruaje robado al médico, estaba agotada. Me llevó donde quiso, a otra estación. Y desde allí, como teníamos los billetes, fuimos a Niza, donde retiré el equipaje. Sentía fiebre, delirio. Obraba sin darme cuenta de lo que hacía. Y él se aprovechó de ello para hacer que al día siguiente le acompañara a una finca en la que tenía que apoderarse, en ausencia de los dueños, de ciertos valores que le habían sido sustraídos. Fuí allí como hubiera ido a cualquier otro sitio. No pensaba en nada, obedecí pasivamente. En esa finca fuí atacada y raptada por Jodot...

—Y salvada, por segunda vez, gracias a mí, a quien usted recompensó huyendo por vez segunda. Sigamos. Ese Jodot, ¿también exigía revelaciones?

—Sí.

—¿Qué hicieron luego?

—Volver al hotel, donde Guillermo me suplicó que le siguiera a Montecarlo.

—Entonces ya sabrá usted a qué atenerse respecto a ese personaje—objetó Raúl.

—¡Ca! Para ver claro hay que mirar. Pero hacía dos días que vivía yo en una especie de locura que la agresión de Jodot había exacerbado. Seguí, pues, a Guillermo, sin tan sólo preguntarle el objeto de su viaje. Estaba desamparada, avergonzada de mi cobardía y molesta por la presencia de aquel hombre, que cada vez era más ajeno a mí... ¿Qué papel he desempeñado en Montecarlo? No lo veo muy claro. Guillermo me había confiado cartas que yo debía entregarle en el pasillo de un hotel con objeto de que él, a su vez, las entregara a un caballero. ¿De qué eran las cartas? ¿Quién era el caballero? ¿Por qué estaba allí Marescal? ¿Cómo me libró usted de él? Todo eso se me aparece muy oscuro. Sin embargo, mi instinto se había despertado. Sentía contra Guillermo una hostilidad cada vez mayor. ¡Le detestaba! Y me marché de Montecarlo, dispuesta a romper el pacto que nos ataba y a venir a esconderme aquí. Me persiguió hasta Tolosa. Y cuando, luego de comer, le anuncié mi propósito de dejarle, cuando se convenció de que nada me haría desistir, me dijo fríamente, duramente, con una cólera que le contraía el rostro:

»—Bueno. Separémonos. Al fin y al cabo, me da lo mismo. Pero impongo una condición.

»—¿Una condición?

»—Sí. Una vez oí a su padrastro hablar de cierto secreto que le ha sido confiado. Si me dice el secreto, queda en libertad.

»Entonces lo comprendí todo: sus encarecimientos, su amabilidad, sus muchas mentiras. Su única finalidad era obtener de mí, un día u otro, bien ganándome por el afecto, bien amenazándome, las confidencias que yo había negado a mi padrastro y que Jodot había intentado arrebatarme.»

Calló. Observóla Raúl. Y recibió la impresión de que había dicho verdad, pura verdad. Seriamente, le dijo:

—¿Quiere usted conocer exactamente a ese individuo?

La joven, moviendo la cabeza, contestó:

—¿Es necesario?

—Es conveniente. Atienda. Los títulos que buscaba en la villa de Faradoni no le pertenecían; quería, sencillamente, robarlos. En Montecarlo exigía cien mil francos a cambio de entregar unas cartas comprometedoras. Así es que resulta ladrón y chantagista... cuando menos. ¿Qué tal?

Aurelia no protestó. Seguramente había ya entrevisto la realidad; por tanto, no podía sorprenderla la brutal enunciación de los hechos.

—Usted me ha salvado de él. Muchas gracias.

—¡Ay!—dijo Raúl—. Lo que usted hubiera debido hacer es confiarse a mí, en vez de huir. ¡Cuánto tiempo perdido!

La joven, que estaba a punto de marcharse, replicó:

—¿Cómo me había de confiar a usted? ¿Quién era usted? No le conozco. Marescal, que le acusa, ignora su nombre. Usted, es cier-

to, me salva de todo peligro. Pero, ¿por qué razón?, ¿con qué objeto?

—Con el objeto—bromeó él—de arrancarle el secreto... Yo también, ¿no? ¿Quiere decir eso?...

—No quiero decir nada. No sé nada. No comprendo nada—murmuró la muchacha con abatimiento—. Hace varias semanas que chocho por todas partes con murallas de sombra. No me pida más confianza de la que puedo otorgar. Desconfío de todo y de todos.

Raúl, compadecido, la dejó partir.

Y cuando él también se iba (por una nueva salida que había encontrado, por una poterna situada debajo de la penúltima terraza y que había conseguido abrir) pensaba:

—No ha dicho ni una palabra de la noche fatal. Y el caso es que fué muerta miss Bakefield, fueron asesinados un par de hombres, yo la vi disfrazada y enmascarada...

Aquello le resultaba misterioso e inexplicable. En torno de él, como en torno de ella, se levantaban las mismas murallas de sombra, a través de las cuales sólo de vez en cuando se filtraban pálidas claridades. Pero ni un instante—desde que comenzó la aventura—pensó frente a la joven en el juramento de venganza y de odio hecho por él ante el cadáver de miss Bakefield, ni en nada de lo que pudiera afeár la graciosa imagen de la señorita de los ojos verdes.

Estuvo dos días sin verla. Luego acudió tres días seguidos, sin explicar la causa de que acudiese, pero como si hubiese buscado una protección de la que no podía prescindir.

Primero permaneció diez minutos, después

quince, luego treinta. Hablaron poco. Y tanto si ella quería como si no, le aumentaba la confianza. Más suave, menos lejana, avanzaba hasta el tajo para mirar el agua estremecida del estanque. Raúl intentó varias veces hacerle preguntas. Ella esquivaba en seguida con temblores y espanto las que pudieran aludir a las terribles horas de Beaucourt. Y si hablaba mucho, era de su pasado infantil, de la vida llevada antaño en Santa María, de la paz encontrada en aquella atmósfera afectuosa y serena.

Cierta vez que la joven apoyó el revés de su mano en el pie del jarrón acercóse Raúl, se inclinó y, sin tocarla, examinó las líneas.

—¡Ah! Lo que yo adiviné el primer día... Un doble destino: el uno, sombrío y trágico; el otro, dichoso y sencillo. Como las líneas se cruzan, se mezclan y se confunden, no es posible decir cuáles vencerán. Pero, ¿cuáles son las verdaderas, las que corresponden a su auténtica naturaleza?

—Las del destino feliz—dijo ella—. Hay en mí algo que remonta en seguida a la superficie y que, como ahora, me da alegría y olvido, sean cuales sean los peligros.

Raúl continuó el examen.

—Desconfíe del agua—dijo, riendo—. El agua puede serle funesta. ¡Naufragios, inundaciones!... ¡Cuánta calamidad!... Pero se alejan... Sí; todo se arregla en su vida. El hada buena vence al espíritu maligno.

Mentía para tranquilizarla y con el deseo constante de que en la linda boca, que apenas se atrevía a mirar, se dibujara de vez

en cuando una sonrisa. Además, también él quería olvidar y embaucarse.

Y así pasó dos semanas de profunda alegría que en vano trataba de disimular. Experimentaba el vértigo de esas horas en que el amor embriaga y hace insensible a todo cuanto no sea el gozo de contemplar y de oír. Procuraba no evocar las imágenes amenazadoras de Marescal, de Guillermo y de Jodot. Si ninguno de los tres enemigos hacía acto de presencia, sería seguramente porque habían perdido las huellas de su víctima. Consecuentemente, ¿por qué no abandonarse a la delicia lánguida que sentía junto a la joven?

El despertar fué brutal. Una tarde, asomados entre el ramaje que dominaba el precipicio, entreveían debajo de ellos el estanque, casi inmóvil en el centro, movido en las orillas por un oleaje inquieto que tendía hacia la estrecha abertura en que penetraba el riachuelo. De pronto, una voz lejana gritó en el jardín:

— ¡Aurelia!... ¡Aurelia!... ¿Dónde estás?...

— ¡Dios mío!—exclamó la joven, sobresaltada—. ¿Por qué me llamarán?

Corrió a lo alto de la terraza y vió a una monja en la avenida de los tilos.

— ¡Aquí estoy!... ¡Aquí estoy!... ¿Qué pasa, hermana?

— Un telegrama.

— ¿Un telegrama?... No venga, no. En seguida bajo.

Cuando, unos momentos después, volvió, con un telegrama en la mano, estaba trastornada.

— Es de mi padrastro—dijo.

— ¿De Brégeac?

— Sí.

— ¿La llama?

— ¡Vendrá de un momento a otro!

— ¿Para qué?

— Para llevarseme.

— ¡Imposible!

— Mire...

Raúl leyó dos líneas fechadas en Burdeos: «Llegaré cuatro. Marcharemos inmediatamente. Brégeac.»

Y, tras un instante de reflexión, preguntó:

— ¿Le había escrito usted que estaba aquí?

— No. Pero como venía por vacaciones, se habrá informado.

— Y ¿cuál es la intención de usted?

— ¿Qué voy a hacer?

— Negarse a seguirlo.

— La superiora no accedería a que me quedara.

— Entonces—insinuó Raúl—márchese ahora mismo.

— ¿Cómo?

Raúl señaló la salida de la terraza, el pinar...

La joven protestó:

— ¿Escapar del convento como una culpable?... ¡No, no! Daría un disgusto muy grande a todas esas pobres mujeres, que me quieren como a una hija, como a la mejor de sus hijas. Eso ¡nunca!

Estaba muy cansada. Sentóse en un banco de piedra, frente al parapeto. Raúl, aproximándose a ella, le dijo gravemente:

— No voy a manifestarle ninguno de los

sentimientos que hay en mí respecto a usted ni qué razones me impulsan a obrar. Pero de todos modos es preciso que usted se capacite de que le soy tan afecto como un hombre lo es a una mujer... que lo es todo para él... Y por eso conviene que tenga usted una confianza absoluta en mí y que esté dispuesta a obedecerme ciegamente. Es el requisito de su salvación. ¿Se da cuenta?

—Sí—contestó la joven, enteramente dominada.

—Entonces, atienda mis instrucciones, mis órdenes... sí, mis órdenes... Reciba sin rebeldía a su padrastro. Nada de quejas, nada tan siquiera de conversación. ¡Ni una palabra! Es la mejor manera de no cometer errores. Sígame. Vuelva a París. La noche misma de su llegada salga de casa con cualquier excusa. Una señora de edad, con cabellos ya blancos, le esperará a veinte pasos de la puerta. Yo las llevaré fuera, a un refugio donde nadie las encontrará. Y le juro por mi honor que me iré en seguida, para no volver hasta que usted me autorice. ¿De acuerdo?

—Sí—contestó ella.

—Entonces, hasta mañana por la noche. Y acuértese de mis palabras. Ocurra lo que ocurra, ¡fíjese bien!, nada ni nadie podrá contra mi voluntad de protegerla ni contra el triunfo de mi empresa. Aunque todo parezca ir contra usted, no se desaliente, no se inquiete siquiera. Repítase con fe, con obstinación, que, aun cuando más fuerte se presente el peligro, nada la amenaza. En el preciso instante en que yo sea necesario, ¡apareceré! Adiós, señorita.

Se inclinó y besó ligeramente la cinta de su esclavina. Luego, apartando una celosía semioculta por la hojarasca, saltó a la maleza y echó a andar por una senda apenas señalada que conducía a la vieja poterna.

Aurelia no se había movido del lugar que ocupaba en el banco de piedra.

Pasó medio minuto.

En aquel momento levantó la cabeza al oír un crujido de hojas hacia la parte del parapeto. Los arbustos se movían. ¿Habría alguien? No cabía dudar, no, que alguien se escondía allí.

La joven quiso gritar, pidiendo socorro, pero no pudo. Su voz se ahogaba.

Ya las hojas se movían más. ¿Quién aparecería? La joven deseó con toda su alma que fuesen Guillermo o Jodot: temía menos a los dos bandidos que a Marescal.

Asomó una cabeza. Y Marescal salió de su escondrijo.

Desde abajo, hacia la derecha, subió el ruido de la maciza poterna al ser cerrada.